

principio lo consideraba inútil, puesto que los tratados nada tenían de ambiguo y no necesitaban interpretación para nadie que supiese leer. Sin embargo, iba á prestarle á él por consideración á Francia, por condescendencia con Europa y á fin de que no se la pudiera acusar de obstinación. Procuraría reducirlo á proporciones modestas y fortalecer en él los elementos conservadores. Todas las potencias firmantes de los tratados de 1815 habían de ser representadas en el congreso; el programa tenía que ser trazado de antemano y no se había de salir de él bajo ningún pretexto; el fin consistiría en confirmar los antiguos convenios, muy lejos de destruirlos. Tales eran las miras bastante moderadas que prevalecían en Viena. Sin embargo, una circunstancia particular acababa de poner á prueba la longanimidad de los ministros austriacos. El voto de las asambleas en favor del príncipe de Carinián y el nombramiento del señor Buoncompagni habían sido considerados como intolerable osadía. ¿A qué venía el congreso, si de tal modo eran juzgadas sus decisiones? Bajo esa impresión, se había agriado aún más el lenguaje respecto al Piamonte y era menos conciliador respecto á Francia.

Combatidos por el Austria, los sardos encontraron cerca de los ingleses un patronato más afectuoso que el de Francia, más ruidoso y más demostrativo.

Entonces fué cuando Inglaterra se propuso persuadir al mundo de que Italia se había formado, no con la sangre de Magenta ó Solferino, sino con las declamaciones de los mitins ó la tinta de las imprentas de la Cité.

El principal instrumento de esa política fué lord John Russell. Sus simpatías por Italia eran antiguas. A principios de 1857, invernando en una villa cerca de Florencia, su casa era el punto de reunión de todos los liberales (1). Habiendo sido derrotado el gabinete tory en el Parlamento, el 10 de junio de 1859 lord Russell fué encargado de la cartera de Relaciones extranjeras en el ministerio whig presidido por lord Palmerston. Apenas había tomado posesión de su cargo cuando la paz le sorprendió como á todo el mundo. Jefe del *Foreign Office*, lord John Russell resintióse de que se hubiese arreglado sin él una cuestión tan considerable. Adicto á todas las tradiciones de la Inglaterra aristocrática y protestante, mezclando con tendencias muy liberales ideas muy rancias, estaba instintivamente celoso de Francia y continuaba en el activo de la Gran Bretaña todo lo que era decepción ó humillación para nosotros. Más pedagogo que diplomático, llevaba á un grado singular el arte de exponer sabiamente, después de consumados los hechos, lo que hubiera debido hacerse y no se había hecho. Con tales tendencias, Russell no tuvo necesidad de buscar largo tiempo su senda. Empezó por criticar en globo y en detalle toda la obra de Villafranca, ingeniándose en mostrar á los italianos todo lo que la generosidad de Napoleón había tenido de incompleta. Luego adoptó respecto á Italia una línea de conducta que consistiría en sobrepujar á Francia en benévolas intenciones y en promesas, á fin de que desapareciesen poco á poco las huellas de nuestros servicios.

Todas las deliberaciones y todos los actos del *Foreign*

(1) Véase Spencer Walpole, *Life of lord John Russell*, tomo II, pág. 278.

Office obedecían á ese mismo pensamiento. El primer juicio de Russell sobre los príncipes destronados fué que no existían contra ellos cargos suficientes para justificar su caída: después de haber hablado así, se apresuró á reducir este juicio á una opinión inofensiva, y no tardó en formular el principio de no intervención. Los italianos vieron en seguida el juego y se aplicaron á mantener la competencia entre sus dos protectores, apoyándose en las concesiones hechas en París para obtener en Londres concesiones más amplias, y viceversa. En esa lucha Inglaterra llevaba ventaja, pues Francia, después de haber dado tanto, se veía á veces obligada á negar alguna cosa, mientras que Inglaterra, que nada había dado, no negaba nada de lo ajeno. Además reinaba en Francia entre los diplomáticos de profesión un temor real de complicaciones futuras: de ahí objeciones y censuras que, en el ministerio de Negocios extranjeros, se manifestaban con dureza y se escapaban de tarde en tarde, hasta de los labios del emperador. Cuando los agentes sardos, toscanos ó romañoles, así vejados ó mal sostenidos en París, llegaban á Londres, ¡qué buena ocasión para consolarlos, reanimarlos y determinar así un paralelo favorable á la Gran Bretaña! Lord Russell y lord Palmerston procuraban no limitar ninguna ambición, ni quitar ninguna esperanza y afectaban no ver ninguno de los peligros que no podían alcanzar á Inglaterra. Se mofaban de Walewski y le oponían las frases del embajador de Francia, Sr. de Persigny, que, según decían, manifestaba en Londres lo contrario de su jefe. Les parecía muy natural la creación de un gran reino al Norte de la península, de un *reino de Italia*, denominación nueva entonces, que llenaba de estupor á los diplomáticos de carrera. Si se hablaba de los trastornos que podían estallar en la Italia central, Russell contestaba que los verdaderos culpables eran los plenipotenciarios de Zurich, los cuales con sus lentitudes prolongaban la incertidumbre, y que hacía tiempo que en aquellas provincias se hubiera restablecido el orden si Víctor Manuel hubiese podido obrar libremente.

En ese trabajo para suplantar y sobrepujar á Francia los ingleses tenían otra ventaja. En París los salones se mostraban francamente hostiles y la prensa estaba muy dividida y muy perpleja. En Londres, por el contrario, estaba de moda hablar de la unidad italiana. En la prensa, en los mitins, en todas partes se la ensalzaba y en los escaparates se exhibían retratos de Garibaldi á quien los turistas ingleses obsequiaban con flores en Niza. Este movimiento de opinión se hallaba mantenido por toda clase de agentes muy influyentes, el más importante de los cuales era Panizzi, nacido en Italia, director del *Bristich Museum* é infatigable en sus manejos por su patria.

En la confusión italiana, lo que más encantó á Russell fué la perspectiva de los apuros del papa. Esto le proporcionaba la doble satisfacción de desorientar á los católicos de Francia y de mortificar á los papistas del orbe entero. Admirablemente sostenido por lord Palmerston, Russell juzgó pronto que las Romañas le eran inútiles al papa; y después se dijo: ¿De qué le sirven las Marcas? El pontífice, añadió, podría también pasar sin Foligno y sin Perosa. Poco á poco el círculo se estrechaba al extremo de no dejar á la dominación cleri-

cal más que Roma y sus alrededores. Si el papa cedía, se mofarían de su debilidad, y si resistía, lo declararían intratable. Por lo demás, la expropiación no se llevaría á efecto sin indemnización. Cuando los ingleses despojaban en las Indias á un rajá doraban su esclavitud. Lo mismo se haría con el papa. Comparada con esta solución tranquilamente radical y formulada por Russell desde fines de julio (1), ¿qué significaban los despachos del emperador predicando las reformas y creyendo hacer mucho si algún día, después de muchas vacilaciones, toleraba la separación de las Romañas?

Tales eran, en otoño de 1859, los manejos de Inglaterra, manejos que hacían prever el papel de la Gran Bretaña en el Congreso. Russell iba á ser el consejero, el patrono, el abogado de Cerdeña; iba á contrabalancear la influencia contraria del Austria, y anticipándose y ampliando los propósitos de Francia, iba á obligar á ésta á no detenerse.

A pesar de este apoyo, el papel del Piamonte en las conferencias iba á ser demasiado difícil para desperdiciar ningún medio de éxito. Lo que más preocupaba en Turín era la elección del negociador que representase á Cerdeña. Un plenipotenciario parecía indicado: éste era el hombre ilustre que años atrás, en el Congreso de París, había sostenido con tanta destreza y fortuna la causa de su país; pero ¿se atreverían á emplearlo?

Cavour, en efecto, tenía en contra su propia grandeza. Hacia él se dirigían todos los pensamientos, y él dominaba toda la política que ya no dirigía oficialmente. En la marcha ordinaria de las cosas los consejeros del rey, y el rey mismo, no dejaban de alegrarse de escapar á tan absorbente tutela. Pero desde el momento que surgía algún acontecimiento grave, se volvían instintivamente hacia aquel hombre fecundo en recursos y á quien nada desconcertaba. Desde que había regresado de Suiza, Cavour vivía habitualmente en su finca de Leri, pero recibía numerosas visitas, y hasta en aquel retiro parecía el verdadero árbitro de su país. Mostrábase reservado, hablaba mal de los ministros sus sucesores, le gustaba sobre todo oír hablar mal de ellos y no exceptuaba más que á Damorbida, á quien apreciaba mucho, aunque lo consideraba inferior á su misión, y á La Mármora, su fiel amigo. Adivinábase en él cierto deseo de actividad. A últimos de noviembre partieron de París y Viena las invitaciones al Congreso, cuyo objeto consistiría en «recibir comunicación del tratado de Zurich y determinar los medios de pacificar la Italia central.» Cavour esperaba. Inglaterra lo llamaba. Austria lo temía. En Francia Walewski lo combatía con todas sus fuerzas. Y Napoleón ¿qué deseaba? No se sabía á punto fijo. Un agente piamontés que se daba entonces mucha importancia, el Sr. Vimercati, enviaba de París noticias favorables: pero el caballero Des Ambrois escribía que nada había podido averiguar y que, á juzgar por ciertas palabras de la emperatriz, el ex ministro sardo parecía ser más temido que deseado (2). Hasta en el Piamonte existía un partido que se inclinaba á empujeñar á Cavour y á ensalzar excesivamente á

Rattazzi. El mismo rey se mostraba á veces poco inclinado á encumbrar de nuevo á su poderoso súbdito, ya porque recordara su carácter despótico, ya porque le guardase rencor por las escenas de Villafranca (3). Cavour afectó disfrutar mucho de la vida retirada y solitaria, como si hubiese desdeñado lo que tardaban en ofrecerle. En 7 de diciembre el Sr. Nigra fué á verlo, no para anunciarle su nombramiento, sino para suplicarle, de parte de Dabormida, que tuviese paciencia. Cavour celebró de nuevo sus aficiones campestres. La verdad es que el Piamonte era demasiado pequeño para tan grande embajador, y que hacerle sentar á la mesa de las conferencias era proclamar por ende que no se detendrían hasta haber acabado de constituir á Italia. En 21 de diciembre Dabormida, á fuerza de instancias, logró obtener del rey el nombramiento de Cavour (4). Al día siguiente Nigra volvió contentísimo á Leri, portador del decreto. El Congreso, según autorizados informes, había de abrirse á principios de enero. Cavour hizo rápidamente sus preparativos de marcha. Pocos días después escribió al Sr. de la Rive: «Si vais á París este invierno, me encontraréis en el hotel Bristol; me he reservado precisamente las habitaciones que en 1856 ocupaba el conde Buol, porque ya sabéis que siempre me ha gustado invadir el territorio austriaco (5).»

VI

El hotel de Bristol había de esperar en vano á su huésped. Hacía días que el corresponsal francés del *Times* anunciaba la aparición de un folleto sobre las cuestiones italianas y romanas: decíase que este folleto era obra del mismo autor que publicó en enero de 1853 el libro titulado *Napoleón III y la Italia*. Como este escrito había sido inspirado al Sr. de la Gueronniere por el propio emperador, creyóse que Napoleón quiso exponer otra vez sus propósitos por vía de la prensa: con tal motivo reinaba grande expectación en el mundo político. Así preparadas las cosas, el *Constitutionnel* anunció, en 22 de diciembre, la publicación, con una solemnidad propia para interesar á los menos curiosos. Aquella misma tarde, el folleto apareció en los escaparates de las librerías con este título: *El papa y el congreso*. Pronto estuvo en todas las manos. ¿Quién era su autor? El *Morning-Past* lo atribuyó sin rodeos al Sr. de la Gueronniere. El *Times* lo llamó el *Manifiesto del gobierno francés*. Los numerosos extractos reproducidos por la prensa y el tono deferente de los periódicos oficiosos confirmaron el rumor de que un personaje augusto, si no había dictado las palabras, había trazado el plan y precisado las miras. Como ningún mentís oficial ó indirecto vino, en los días siguientes, á contradecir la opinión general, la creencia se trocó en certeza. Algún tiempo después, Villemain escribió con transparente ironía: «Se comparó el folleto con *La Imitación de Jesús*, sin duda para dar á comprender la grandeza de una obra cuyo

(3) Véase Massari, *La vita ed il regno di Vittorio-Emmanuele II*, tomo II, pág. 64.

(4) Carta del general Dabormida al caballero Des Ambrois, 22 de diciembre (Chiala, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCXCVIII).

(5) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 164.

(1) Véase *Correspondence respecting the affairs of Italy*, páginas 20-21.

(2) Cartas del caballero Des Ambrois al general Dabormida, diciembre de 1859 (Chiala, *Lettere di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCXCVII y notas).

autor quiere sin embargo conservar el anónimo.» No obstante, algunos personajes de la corte osaron interrogar al emperador. «*El papa y el Congreso* no lo he escrito yo, replicó el soberano, pero apruebo todas sus ideas (1).»

Para hablar de este famoso folleto, quisiera escapar á todas las pasiones que suscitó. Se componía de una serie de proposiciones contradictorias, expuestas en forma magistral. Prodigaba homenajes á la Santa Sede y había de colmar de gozo á sus enemigos. Profesaba por el papa un gran respeto, pero ese respeto particular que se tiene á las cosas muertas. Proclamaba solemnemente principios que luego destruía en detalle. Estaba lleno de nebulosidades, pero nebulosidades buscadas.

La entrada en materia era una afirmación perentoria de la realeza del Padre Santo; el autor declaraba el poder temporal no solamente deseable, sino necesario. Sentadas así las premisas, hubiérase dicho que la conclusión sería consolidar el Estado pontificio ó no desmembrarlo al menos. Pues nada de eso. Como el poder temporal era indispensable, urgía abolirlo en gran parte. «Cuanto más pequeño sea el territorio, más grande será el soberano,» decía el publicista anónimo, que, muy satisfecho de la fórmula, se proclamaba «un hombre verdaderamente religioso.» Se dejaría, pues, desposeer al papa, pero en beneficio, en interés suyo y para mejor honrarlo en lo sucesivo. Las páginas siguientes desarrollaban el programa del gobierno pontificio en el territorio restringido que no le quitarían. El papa, reducido á la ciudad de Roma y á la campaña inmediata, sería más bien un padre que un soberano, y sus súbditos serían más bien una familia que una nación. De aquí una notable simplificación de todos los resortes de la política: no hacía falta ejército, ni magistratura, ni código, ni justicia, ni representación legislativa, ni nada de esas cosas temporales que los pontífices no sabían manejar y que hasta aquí habían manejado muy mal; nada más que curas consagrados á los cuidados de la liturgia, turistas errantes entre las ruinas y un pueblo cada vez menos numeroso, sujeto á la inmovilidad y destinado á convertirse también en ruina. Toda la vida de la ciudad se concentraba en el municipio y en las pocas tropas federales (porque algunas había de haber) que ocuparían el castillo de San Angelo. Engolfándose en su paradoja, el escritor oficioso proclamaba que «el poderío del papa resultaría menos de su fuerza que de su debilidad.» La tesis continuaba con una mezcla singular de fórmulas respetuosas ó amables para el Padre Santo y de insultante piedad ó de felicitaciones irónicas para los que seguirían siendo sus súbditos. Con igual cuidado se exponía la necesidad del poder temporal y se insinuaban todas las razones que harían imposible el ejercicio de este poder. El papa sería soberano, pero únicamente por los honores que se le tributarían y por su lista civil (pues las potencias católicas le harían una); por lo demás, no dirigiría nada, á excepción del culto, lo cual quitaría á la Revolución todo deseo de destruirlo.

Tal era la teoría. De esta teoría se desprendía la conducta á seguir en las circunstancias que se atravesasen.

(1) Carta de lord Cowley á lord John Russell, 25 de diciembre de 1859 (*The life of the Prince Consort*, por Teodoro Martin, tomo V, pág. 4).

La sublevación de las Romanas proporcionaba una primera ocasión de aligerar para el pontífice romano la carga de las cosas temporales. Era seguro que el Congreso, salvo algunas atenuaciones de forma, «registraría el hecho consumado;» y era de esperar que el papa no se negaría á aceptar su propia expropiación. El folleto terminaba con esta piadosa plegaria: «¡Pueda Napoleón III tener el honor de reconciliar al papa como soberano temporal con su pueblo y con su tiempo! Esto es lo que todos los corazones sinceramente católicos deben pedir á Dios.»

La tesis no era nueva, y ya la hemos encontrado en los despachos de lord Russell: era, á poca diferencia, la del dominio pontificio reducido al palacio y al jardín del Vaticano. Mas, por antigua que fuese, la tesis adquirió de pronto una importancia particular, proporcionada al rango del que se le apropiaba. Al mismo tiempo que se leía en París, el folleto circulaba libremente por Londres, Turín y Florencia, y clandestinamente por Roma. En la prensa, en la diplomacia, entre el público, la opinión fué en todas partes la misma. Después de largas vacilaciones, Napoleón cedía á la presión de Italia, y entre el derecho nuevo y el derecho antiguo había hecho su elección. Lo que hubiese podido resolver el más osado de los congresos, Napoleón acababa de decidirlo. Entonces ¿á qué reunir ya el Congreso? Entre Austria que quería el cumplimiento del tratado de Villafranca, Inglaterra que trabajaba en pro de la anexión de toda la Italia central, y Napoleón que acababa de colocarse, al menos en la cuestión romana, al lado de lord Russell, ¿había esa inteligencia general, punto de partida necesario para una obra común? «Napoleón ha hecho por sí solo un Congreso,» dijeron los ingleses, sorprendidos de verse alcanzados. El Austria, estupefacta, se afirmó en sus ideas de retraimiento y, apartándose cada vez más de Italia, resolvió ignorar en adelante lo que ella no podía ratificar ni combatir. Los periódicos oficiosos denunciaron el aplazamiento de las conferencias, y transcurrido algún tiempo, no se volvió á hablar de ellas.

VII

De intento he analizado con alguna minuciosidad el folleto *El papa y el congreso*. Además de sus consecuencias exteriores, esta publicación señala una fecha memorable en la historia del segundo Imperio, la del rompimiento entre el emperador y el partido católico.

Hasta entonces, á pesar de crueles desengaños, había subsistido la esperanza de mantener la armonía ó reparar las desavenencias. Asustados de la guerra de Italia, los católicos se habían tranquilizado ante los discursos de Baroche en el Cuerpo legislativo y ante las declaraciones del propio soberano. La sublevación de las Romanas había hecho renacer sus temores, y la paz de Villafranca, que limitaba á Lombardía las modificaciones territoriales, los había calmado otra vez. Las alarmas se habían renovado á últimos de septiembre, cuando Víctor Manuel recibió en Monza á los delegados de Bolonia y acogió los votos de anexión. Entonces se produjeron las primeras protestas en favor de la soberanía pontificia y en nombre del derecho público violado. A pesar de todo, muchos persistían en contar con el em-

perador. La publicación del folleto desvaneció esta última esperanza y la cólera estalló. Lo que de parte de un adversario no hubiera sido más que hostilidad, pareció traición de parte de un antiguo amigo. Comprendiase, después de todo, que el emperador se decidiese á soportar el hecho consumado; lo que no se comprendía era que pretendiese legitimarlo. El sacrificio de las Legaciones iba á acarrear pronto el de las Marcas y el desmembramiento no tardaría en completarse. Lo que más exasperó fué aquel proyecto que convertía la ciudad de Roma en una especie de Delfos antigua, condenada á la inmovilidad, y al papa en una especie de rey inactivo, pontífice y momia á la vez, y á la vez despreciable y sagrado. Las protestas de amor parecieron un insulto, y el respeto, hipocresía. Los partidos son raramente medrados en sus entusiasmos ó en sus cóleras. Nadie cuidó de señalar lo que podía explicar ó atenuar la evolución imperial, á saber: los consejos dados durante tanto tiempo á la curia pontificia y con tanta frecuencia desoídos, y la dificultad de fijar los destinos de las Romanas. Todo se olvidó, la benevolencia general del emperador en todos los asuntos religiosos, y nuestra ocupación que, después de todo, continuaba en Roma: á los ojos de muchos, esa ocupación, beneficio continuamente censurado, era peor que el abandono. De esta manera se consumó el rompimiento.

La Iglesia no buscó mucho tiempo sus campeones. Monseñor Dupanloup había recibido el folleto el 23 de diciembre. Después de haberlo leído, lo censuró con extremada vehemencia ante sus curas y se dispuso á combatirlo sin pérdida de momento. Tres días después publicó su refutación, página de una elocuencia admirable que dejó adivinar en los católicos una energía de resistencia que nadie sospechaba. Al mismo tiempo *El Universo* invitó á los fieles á firmar mensajes al papa, conducta que le valió una amonestación gubernamental, so pretexto de que trataba de organizar en Francia, bajo el manto religioso, una agitación política. La agitación ya existía, y no sólo existía entre el clero y los que dependían directamente de él, sino que se extendía á los círculos más diversos de la sociedad, traduciéndose en una desaprobación muy clara de una política que no se comprendía ya. En cambio, el *Siècle* no se cansaba de elogiar el folleto. Los periódicos oficiosos protestaban de sus intenciones, se perdían en comentarios sobre el último escrito, y acusaban á los clericales intransigentes, diciendo que su celo obcecado era causa de todo el mal. «Queremos salvar al papa transformándolo,» decía *El Constitucional*; y denunciaba las asociaciones religiosas, particularmente las sociedades de San Vicente de Paúl, amenaza grave, por cuanto *El Constitucional* estaba muy cerca de los que tenían el rayo en la mano.

El público espíaaba con avidez todas las noticias que podían revelar los pensamientos del Padre Santo. En 30 de diciembre, el *Journal de Rome*, órgano del Vaticano, emitió su juicio sobre el famoso folleto. Dijo que era «un verdadero homenaje á la revolución, una tesis insidiosa para los espíritus débiles que no sabían conocer el veneno oculto, y un motivo de dolor para todos los buenos católicos.» Esta tremenda condenación no desconcertó en Francia á los periódicos oficiosos. La consigna fué declarar que el papa no era libre y acusar

al deplorable espíritu de su curia. Dos días después este recurso ingenioso escapó. El día 1.º de enero, Su Santidad recibió, con motivo de la festividad del Año Nuevo, al general Goyón y á los oficiales del cuerpo de ocupación. En sentidos términos, el Padre Santo rogó á Dios que bendijera al ejército que le protegía, «á todo el ejército francés y á toda la nación francesa.» Después de haber pagado de este modo su deuda de gratitud, continuó en estos términos: «Prosternándonos á los pies del Altísimo, le rogamos, en la humildad de nuestro corazón, que ilumine al jefe de ese ejército y de esa nación, á fin de que pueda marchar con toda seguridad por su ruta difícil y reconocer lo falso de ciertos principios que se han manifestado en estos últimos días en un opúsculo que hay que llamar *un monumento insigne de hipocresía y un tejido innoble de contradicciones.*» Al terminar, Pío IX añadió, quizá con alguna malicia, que tenía en su poder documentos procedentes de Su Majestad Imperial y que eran «la condenación de aquellos principios.» Esta vez no era fácil acusar á los consejeros del Padre Santo: hubiera sido necesario pretender que las palabras del papa no tenían relación alguna con su pensamiento, lo cual hubiera sido un insulto peor que todos los que el folleto contenía.

El interés y hasta la dignidad del emperador le ordenaban poner fin al equívoco. En una carta al Padre Santo, fechada en 31 de diciembre, pero no publicada hasta el 11 de enero, Napoleón se decidió al fin á poner sus pensamientos bajo la responsabilidad de su propia firma. Decía desde luego que una de sus grandes preocupaciones durante la guerra había sido la suerte de los Estados de la Iglesia, y que uno de sus principales motivos para activar la paz había sido el deseo de contener la Revolución. Concluida la paz, había aconsejado al papa que consintiese en la separación administrativa de las Romanas, y sentía que su consejo no hubiese gustado. «Mis esfuerzos, añadía, no han logrado sino impedir que la insurrección se extienda, y la dimisión de Garibaldi ha preservado á las Marcas de Ancona de una invasión segura.» Después de haber precisado su política pasada, Napoleón continuaba así: «Las potencias no pueden dejar de reconocer los derechos incontestables de la Santa Sede sobre las Legaciones; sin embargo, es probable que opinen que no se debe recurrir á la violencia para someterla. ¿Qué hacer, pues? Porque esta incertidumbre no puede durar eternamente. Después de un examen serio de las dificultades y de los peligros que presentan las diversas combinaciones, con sincero pesar lo digo, y por penosa que sea la solución, lo que me parecería más conforme á los verdaderos intereses de la Santa Sede sería hacer el sacrificio de las provincias sublevadas.» Pronunciada la gran palabra, Napoleón se ingeniaba en hacer ver la recompensa de esa concesión: «Si el Padre Santo, para tranquilidad de Europa, renunciase á esas provincias que desde hace cincuenta años suscitan tantas dificultades á su gobierno, y en cambio pidiese á las potencias que le garantizaran la posesión de lo demás, no dudo que se restablecería inmediatamente el orden. Entonces el Padre Santo aseguraría á la Italia agradecida la paz durante largos años, y á la Santa Sede la posesión tranquila de los Estados de la Iglesia.» Al terminar, Napoleón, como para atenuar el efecto de tan desagradable consejo, alu-

día á sus largos servicios, que, decía él, excusaban la franqueza de su lenguaje. La carta contenía al final las fórmulas habituales de veneración, fórmulas muy poco sinceras respecto á la corte pontificia, pero sinceras respecto á la persona de Pío IX, que Napoleón abandonaba gradualmente y con pesar.

Los católicos dijeron que, con su carta, el emperador había puesto su sello en el folleto *El papa y el congreso*. A distancia y lejos de las pasiones de la época, el juicio parece muy severo. El folleto no señalaba los límites de la disminución del poder temporal y sólo pedía á la usurpación que se detuviese á las puertas de Roma: la carta imperial, al solicitar el sacrificio de las Romañas, parecía garantizar en cambio el resto de los Estados pontificios. El folleto formulaba una tesis general y la desarrollaba como si toda disminución del poder temporal del papa fuese un progreso para la civilización: la carta imperial reconocía el derecho incontestable de la Santa Sede sobre las Legaciones, y no cedía sino ante «la lógica inexorable de los hechos.» Pero los contemporáneos omitieron esas diferencias ó no se dignaron señalarlas. La carta quitaba toda esperanza de poder conservar las Romañas; entraba en el mundo con su comentario, el folleto, que nadie podía olvidar. La carta pareció el primer cumplimiento de un programa cuyo plan general había sido trazado por el opúsculo. Los católicos, en Francia, se afirmaron en sus protestas, y allende los Alpes, los italianos se afirmaron en su audacia. Todas las combinaciones, todas las proposiciones del emperador iban en adelante á tropezar con un doble *non possumus*, el *non possumus* del papa, resignado á soportar los hechos, pero no á reconocerlos, y el *non possumus* del gobierno sardo, ya resuelto á no detenerse hasta haberlo absorbido todo.

Hasta entonces el antiguo derecho público había tenido su representante en la persona de Walewski, que se quedó como aislado en el ministerio de Negocios extranjeros, pues la política, en manos de agentes secretos, evolucionaba al acaso, lejos de los que tenían atribuciones para dirigirla. Muy amigo de Thiers, que en ocasiones le comunicaba su parecer, Walewski participaba de todas las inquietudes de los antiguos parlamentarios y de los diplomáticos de profesión. Su profunda desconfianza en Cavour le volvía perspicaz. No podía resolverse á consagrar las usurpaciones de la Cerdeña, negaba la sinceridad de las manifestaciones populares, y deploraba en particular la suerte de Toscana, para la cual deseaba vivamente la autonomía. Cuando las incorrecciones le parecían excesivas, enviaba al emperador informes muy vehementes y muy sensatos á la vez, denunciando las ambiciones italianas, señalando con amargura las misiones clandestinas, paralelas ó contrarias á la diplomacia oficial, y quejándose sobre todo del papel desairado que se le hacía representar. Y era grande el contraste entre su lenguaje cada vez más perentorio y su crédito é influencia cada vez menores. Pero, aun así, el mantenimiento de Walewski en el ministerio era una semi-seguridad. El día 4 de enero, un decreto lo relevó de sus funciones, reemplazándolo por el Sr. de Thouvenel. Este había sido director político en el ministerio de Negocios extranjeros, desempeñaba entonces el cargo de embajador en Constantinopla, y se recomendaba por su raro talento. Pero estaba desligado de todo lo

que había hecho sospechoso á su antecesor. El *Monitor* reprodujo un largo artículo del *Morning-Post* que representaba el nombramiento de Thouvenel como una victoria para los amigos de Italia. En cuanto á Walewski, se ensalzaba su rectitud, pero se atribuía su caída á su espíritu conservador y á sus *sentimientos casi legitimistas*.

En vez de calmarse, la agitación se extendía. La prensa católica había emprendido una ruda campaña. Después de largos años de una existencia obscura y monótona, aquel gran combate, á pesar de sus peligros, despertó gran entusiasmo. Aunque la Cámara estaba cerrada, muchos representantes se encontraban en París: tres de ellos, Cuverville, Keller y Anatolio Lemercier, solicitaron una audiencia del emperador; habiéndoles sido negada la entrevista, consignaron sus quejas en una carta colectiva que publicaron más tarde. La osadía era nueva entonces; pareció tan extraordinaria que el gobierno, no pudiendo castigar á los diputados, suprimió el periódico que había prestado sus columnas á la publicación. La gravedad de la crisis había acallado las antiguas disidencias y unido á los católicos de todos los matices. Los *católicos liberales*, que no habían lisonjeado nunca al Imperio, pudieron combatirlos sin ambages; y como se habían ligado con los legitimistas, con los orleanistas y con los constitucionales de toda clase, se movían en un terreno más vasto, lo cual les permitía agrupar elementos muy diversos para una resistencia común.

El *Correspondant*, que era su órgano principal, adquirió particular notoriedad en aquella lucha. Sus principales colaboradores, Falloux, el príncipe Alberto de Broglie, Corcelle y Cochin, constituyéronse en defensores de la soberanía pontificia; pero con inteligente osadía supieron dar grande importancia y elevación al debate, proclamaron los principios del derecho público y pusieron bajo la protección de estos principios la causa del pontífice romano, de modo que al abogar por Pío IX, abogaban en realidad por la paz del mundo. Esta hábil conducta quitaba al gobierno su principal recurso, el de presentar la agitación como una simple agitación clerical y de vencer á sus adversarios aislándolos. Acudieron aliados de todas partes, y algunos de ellos muy inesperados; entre dichos aliados había realistas, doblemente contentos de afirmar su fe y combatir al Imperio; liberales encantados de una oposición distinguida, bastante comprometedor para dar la ilusión de un peligro; antiguos parlamentarios, cansados de silencio y de reposo. Todos se alegraban de encontrar lo que más echaban de menos, un público; y no podían desear otro que les satisficiera tanto como el católico. La coalición encontró ilustres apoyos. Pocos eran los antiguos hombres de Estado á quienes no hubiera sorprendido y asustado la conducta del emperador. Para ellos la cuestión italiana y la cuestión romana, entrelazadas, eran funestas, la primera para la tranquilidad de Europa y la segunda para la tranquilidad de las conciencias. En su hotel de la plaza de San Jorge, Thiers se mostraba ya muy alarmado. En los *Debates*, Saint-Marc Girardin señalaba con mucho vigor la imposibilidad para el papa de someterse á los consejos del emperador. Guizot y Cousin, en sus conversaciones de la Academia, se burlaban de la nueva política, llena, en su concepto, de

confusión y peligros (1). Pocos días después los católicos tuvieron otra sorpresa. En un opúsculo que recordaba sus mejores días, Villemain defendió en la persona del papa el derecho público violado. Señaló con una precisión cortés y cruel las contradicciones de la política imperial, condenó lo que él llamaba «el término medio en la violencia;» y sus páginas, de una razón sabia y luminosa, completaron una demostración á la cual sería difícil añadir nada.

Mientras tanto, los obispos iban y venían y conferenciaban entre sí sin llegar siempre á un acuerdo. Algunos tomaron públicamente parte en la contienda. Monseñor Dupanloup acababa de publicar una segunda protesta de igual fuerza y elocuencia que la primera. Monseñor Pie, por medio de una pastoral leída en el púlpito, condenó los errores contenidos en el folleto *El papa y el congreso*. Otros se limitaban á dar consejos á puerta cerrada. Entre estos últimos figuraba el arzobispo de Ruán, monseñor de Bonnechose, que era político de gran perspicacia. Habiendo escrito una carta al emperador suplicándole que mantuviese su antigua alianza con los católicos, Napoleón le contestó quejándose amargamente de éstos que, después de tantos favores, le trataban como enemigo de la Iglesia (2). El más perplejo era el cardenal Morlot, arzobispo de París, que procuraba no hacerse solidario con los que él llamaba los «católicos de oposición.» No pudiendo romper completamente con ellos, tomaba precauciones infinitas para evitarlos. Tal hacía con Falloux, con Cochin y con Melun (3). Esperaba que la intervención oficiosa de los obispos, en un concierto unánime de respetuosas quejas, influiría en el ánimo del emperador. Los esfuerzos del venerable arzobispo de París para apaciguar á sus fieles y reconciliar al emperador con el partido católico fueron infructuosos. Los católicos parecían recibir de Roma estímulos para la resistencia que exasperaba á Napoleón. El papa no creía poder enajenar ninguna porción del patrimonio que había recibido de sus antecesores, y se negaba á un sacrificio que sería el punto de partida para otros sacrificios. Así se expresaba en una carta de 19 de enero dirigida al emperador; y el 19 de enero, en una encíclica solemne, Pío IX repitió sus protestas con una vehemencia que no dejaba subsistir ningún equívoco ni permitía nuevos consejos.

En presencia de aquella oposición de la derecha, el gobierno resolvió servirse de sus armas. La legislación de 1852 ponía muchas en sus manos. Los *apercibimientos* se multiplicaron, lo mismo contra los periódicos más importantes que contra las modestas publicaciones de provincias. A esas severidades se añadió una medida más grave. *El Universo* subsistía, protegido por todas las garantías que había dado al Imperio. Pero Luis Veullot, á pesar de su largo optimismo, no estaba vinculado con nadie, exceptuando á la Iglesia. Como Napoleón III había modificado su política religiosa, el célebre polemista se había vuelto contra él, combatiéndolo con el mismo celo y violencia que años atrás había

empleado en defenderlo. La publicación de la reciente encíclica pontificia proporcionó al gobierno un pretexto para castigar á Veullot, y, en 30 de enero de 1860, publicó un decreto suprimiendo *El Universo*. La medida causó gran sensación. Entre los colegas del gran periodista, unos se limitaron á saludar al maestro que se iba, otros formularon algunas reservas, recordando que *El Universo* sucumbía bajo una ley que él había aprobado con frecuencia. Si hemos de dar crédito al mismo Veullot, algunos órganos de la prensa católica se contentaron con verter «una lágrima tibia y ligera,» y los obispos se mostraron también algo fríos, pues sólo hubo diez ó doce que escribieron. Antes de separarse de sus colaboradores, Luis Veullot los reunió por última vez y, como muestra de suprema abnegación, hizo entre ellos una colecta para el papa, colecta que él llamó «cuestación de los funerales.» La palabra era exegaráda, pues pocos días después *El Monitor* resucitó con otro nombre, pero con el mismo personal y, á poca diferencia, con el mismo programa; lo cual pareció revelar en las esferas oficiales una indignación pronto calmada. Sin embargo, respecto á Luis Veullot, la exclusión fué real; hasta mucho más tarde no reapareció éste en la prensa diaria. El famoso publicista se fué á Roma, como para entregar al Padre Santo su pluma rota. Mientras se alejaba, recibió un último saludo, el de su viejo enemigo el *Siècle*, que manifestaba en términos corteses sentir mucho su desgracia. El homenaje era muy justo; durante los largos años anteriores, ¿cómo hubiera podido el *Siècle* llenar sus columnas si no se hubiese encontrado enfrente de *El Universo*, tan dispuesto siempre al ataque como á la réplica? Por otra parte, el *Siècle* era tan afortunado que podía mostrarse generoso; tenía á la democracia por cliente y á veces por confidentes á los ministros; los republicanos lo tenían por órgano, á falta de otro mejor, y en las Tullerías no dejaban de considerarlo útil. Aquella fué su mejor época.

Suprimido *El Universo*, *El Monitor* publicó una nota á la vez grave y benigna para recomendar «á toda la prensa la moderación en bien de la paz pública y de la religión.» El aviso era prudente y, en todo caso, la intención era buena. Pero el país, ya muy emancipado, empezaba á leer con un poco de escepticismo los consejos del *Monitor*. Decididamente los tiempos de gobierno fácil habían pasado. Por lo demás, ¿cómo la seguridad había de reemplazar á la inquietud, si, en medio de los incidentes que acabamos de referir, había llegado de Italia una noticia más grave que todas las demás? La noticia era que Cavour, el temible Cavour, volvía á ser primer ministro.

VIII

En 20 de enero el rey había firmado el decreto que volvía á colocarlo bajo la absorbente y provechosa tutela. Al saludar el acontecimiento, la oficiosa *Opinione* cuidó de hacer observar que «el primer ministerio de Cavour significó la independencia y el segundo significaba la anexión.» En 27 del mismo mes el nuevo jefe del gabinete sardo proclamó en un despacho circular, no ya sus deseos, como tiempo atrás, sino su voluntad y la de Italia. Repudiaba toda restauración en Bolonia, Parma, Módena y Florencia. A sus ojos sólo había una

(1) Véase *Vie du Mgr. Dupanloup*, por el abate Lagrange, tomo II, pág. 292.

(2) Véase *Vie du cardinal de Bonnechose*, por monseñor Beson, tomo I, págs. 389 y siguientes.

(3) *Correspondance inédite de M. de Melun*. - Véase M. de Falloux, *Memoires*, tomo II, págs. 314-316.